

SUMARIO JUICIO SOBRE EL ESTADO ACTUAL DE LA FIESTA DE UN AFICIONADO VEHEMENTE

Juan Manuel Albendea
Fundación de Estudios Taurinos



Muchos motivos de contrariedad han atenazado el ánimo del aficionado en esta temporada de 1995 ya concluida. No recuerda otra, en los últimos cuarenta años, que le haya producido más desencanto que ésta. Y del desencanto ha pasado al pesimismo, casi inadvertidamente. Pesimismo sobre el futuro de la fiesta. Naturalmente, sobre la fiesta que él concibe. Sobre la fiesta en donde la emoción es el alfa y omega de la Tauromaquia. Fiesta en donde la diversión es sinónimo de frivolidad. Fiesta en donde la autenticidad es el valor supremo. Fiesta en la que la exigencia de los cánones no significa inmovilismo. La evolución ha de significar progreso. Los cánones pueden ser sustituidos por otros, en los que la autenticidad no quede mermada, ni la emoción entoldada. Así fue la revolución de Juan Belmonte y hoy nadie la cuestiona. Lo que sí se cuestiona el aficionado es si la etapa presente corresponde a una *transición*, en el sentido que Ortega y Gasset la contraponía a *estado*, coincidiendo estas etapas con las gloriosas y aquellas con las descaecidas (Ortega y Gasset: 156). ¡Ojalá, la

crisis actual sea eso sólo, una transición! Han sido muchos los motivos para ese desencanto del aficionado. El descastamiento de la práctica totalidad de las ganaderías lidiadas por las figuras quizás sea el más difícil de corregir. Siempre ha habido en los niveles de casta dientes de sierra. También la historia nos enseña que caían ganaderías punteras y se encumbraban otras consideradas hasta entonces de rango inferior. La generalizada caída actual no tiene precedentes en la historia de la cabaña brava.

El mayoritario deterioro de la integridad del toro es otro factor de decaimiento. Es verdad que no es asunto nuevo. El *afeitado* irrumpe con fuerza en los años cuarenta y evoluciona, *gadianescamente*, hasta nuestros días, con caudal e impunidad no conocidos hasta ahora. Según los taurinos¹ el tema de la droga para minar la pujanza del toro es sólo fruto de la maledicencia. Admiten algunos una cierta intervención para aliviar el *stress* del viaje pero no más allá. Ojalá lleven razón, pero, en cualquier caso, la autoridad debería extremar el control analítico para despejar las dudas y tranquilizar a la afición en lugar de a los toros.

La indolencia y escaso arrojo de la casi totalidad de los que se dicen figuras, y el abuso de ventajas en la forma de ejecutar las suertes, constituye una constante de la moderna tauromaquia. Es verdad que no se pueden imponer normas sobre el estilo de torear, pero sí se debe exigir autenticidad en cuanto al nivel de riesgo, denostando el tan caca-

¹ Se emplea aquí el término *taurino* respecto a aquellas personas que median en el negocio de los toros como profesión sin tener que pisar el ruedo

reado *pico*, cuya utilización solo debe admitirse en toros de determinadas características, el famoso *péndulo* y, en definitiva todo aquello que tienda a enmascarar lo que los aficionados han conocido siempre con un término tan expresivo como *aliviarse*.

La mutilación de la corrida, hasta tal punto que todo lo que no sea la faena de muleta es adjetivo, y puede ser cercenado y abocado a su desaparición es otro grave peligro. La suerte de varas, tan hermosa cuando se ejecuta bien, se ha convertido en un trámite enojoso, en el que el desequilibrio entre los contendientes es tan brutal que sólo repugnancia produce a quien, idealmente, no lo pueda concebir de otra manera. Tiende, además, a su desaparición por innecesaria, habida cuenta de la exigua pujanza de los toros que hoy se lidian. Como consecuencia de esta situación han desaparecido los quites del primer tercio y con ella el riquísimo repertorio de suertes con el capote, la mayoría de las cuales son reliquias históricas que los jóvenes aficionados no han tenido oportunidad de conocer.

La decadencia del tercio de banderillas es también evidente. En todas las épocas fueron muchas las figuras del toreo que brillaban también en el segundo tercio. Desde Antonio Carmona *El Gordito*, pasando por *Frascuolo*, *Lagartijo*, *Guerrita*, *Mazzantini*, Ricardo Torres *Bombita*, Rodolfo Gaona, Rafael *El Gallo*, *Joselito*, Ignacio Sánchez Mejías, los hermanos Bienvenida, los hermanos Dominguín, Carlos Arruza y tantos y tantos otros, que podríamos citar si la larga lista no fuera enojosa para el lector. Actualmente, ninguna figura sabe o quiere poner banderillas. Se ha convertido el tercio en un trámite a evacuar lo más rápidamente posible

por los subalternos. De ahí que la mayoría de las banderillas se pongan a la media vuelta, o que los espadas soliciten el cambio al presidente con dos pares solamente, circunstancia muy frecuente sobre todo en las plazas de segunda y tercera categoría. Las crónicas de la época nos dicen que *Joselito El Gallo* colocaba, generalmente, cuatro pares.

Y toda esa mutilación de los dos primeros tercios se rinde al servicio del último, en el que, desgraciadamente, la monotonía reina por doquier. El aficionado no recuerda una época de repertorio más menguado que el actual. Derechazos y naturales a todo pasto, generalmente sin embraguetarse, y todos rematados con dos pases de pecho, con lo que ponen de relieve que éstos no son *obligados*, requisito que casi todos los tratadistas han exigido para poder denominarlo pase de pecho. Es un pase de recurso, cuando ya no se puede estrechar más el círculo entre toro y torero en el llamado pase regular y, por tanto dar dos seguidos es una contradicción con su propia esencia. La interrupción de las series de pases, para dar un paseo alrededor de la cara del toro, es otro de los vicios de la moderna tauromaquia. Y, ¿qué decir del generalizado uso del estoque de madera? Contestemos a la interrogante con la autoridad de Gregorio Corrochano: «El estoque de madera nació de una lesión de muñeca de un matador, y desde entonces, como por contagio, o por hacer causa común, todas las muñecas de los matadores se lesionaron. ¿Es cómodo? Posiblemente es cómodo. También es cómodo no torear en el mes de mayo, que es cuando los toros tienen más fuerza. También es cómodo no torear en Madrid, donde el toro pesa más, y la plaza pesa más, y la opinión pesa más. También es cómodo torear con familiares y protegidos, en



Fig. nº 24.- El toro: la fuerza tranquila. El toro echado sobre un otero recibe la brisa fresca que sube, entre las encinas, del río que fluye al fondo. (Fot. de E. Cuevas. Fragmento. Apud.: Cruz Sagredo, 1993: 38).

vez de enfrentarse con rivales, que buscan competencia. Tanta comodidad se va buscando en el toreo, que el público acabará por quedarse en casa cómodamente, y no asistir, porque lo más incómodo de una corrida es el tendido... Es posible que encuentren disculpa en que con el estoque de madera se cansan menos y pueden prolongar la faena. Éste sí que es disparate. ¡Prolongar las faenas! Como si las faenas de muleta fueran de estira y encoge a gusto del consumidor. Si con el estoque de madera se prolonga la faena, es un motivo más para no aceptar el estoque de madera. Si dan más pases cuando no se cansan y dan menos cuando se cansan, deduzco que torear hasta que se les cansa la mano. Eso no es torear, esos es dar pases sin ton ni son, pasar el toro, pasar el tiempo, faenas de pasatiempo...» (Corrochano: 270).

Como hemos visto hasta ahora, la corrida se mutila en aras de la faena de muleta. Ni siquiera de la muerte del toro que es el fin en torno al cual debe girar toda la lidia. En aras de una faena de muleta, monótona, anodina, tantas veces imaginada desde el hotel, con parvo repertorio, con la emoción ausente, justificada en contados casos exclusivamente con la plasticidad. Con mucha menos justificación, ese peligro de angostamiento de la corrida de toros, ya lo denunció Ortega y Gasset en sus notas para un brindis inédito: «Lo que más me diferencia de los de hoy es que ellos hablan de este o del otro toreo y con ello se refieren al modo de ejecutar una docena o muy poco más de suertes, unos cuantos lances de capa y unos pases de muleta... A mí me asfixia oír hablar así del *toreo*, porque estoy acostumbrado a respirar una realidad vastísima, amplísima, enorme, que es precisamente la corrida de toros... Por torear se entendía

hacer y padecer todo aquello a que da ocasión cuanto acontece en una plaza desde que el toro sale del toril hasta que se lo llevan las mulillas» (Ortega y Gasset: 151).



Fig. nº 25.– Hermoso ejemplar de poderosa cornamenta en cuya capa reconocemos elementos *gargantillos*, *salpicados* y *meanos*. (Fot. de Rodríguez Chamorro. Fragmento. Apud.: Cruz Ságredo, 1993, 15).

Pues bien, de todos esos peligros, tan graves para la salud de la fiesta, quizás el más preocupante sea la actitud del público de hoy. Conviene hacer algunas reflexiones sobre sus características. La primera consideración es la progresiva pérdida de importancia que para el público de hoy tiene el toro. No podemos detenernos en la evolución del papel del toro en la historia, en la que tuvo una significación religiosa ora como víctima en los sacrificios, como objeto de culto,

como símbolo de la divinidad, como fecundador o símbolo de la fertilidad para ir evolucionando poco a poco hacia su carácter lúdico e iniciar así el juego o la lucha con el hombre (Álvarez de Miranda, 1962). Pero sí debemos subrayar el *prestigio social* que el toro tuvo a lo largo de la historia de las fiestas de toros. Sin remontarnos más atrás del siglo XIX, se advierte por la cartelera el sobresaliente relieve tipográfico que se daba a la ganadería anunciada frente al de los picadores o matadores alternantes. Si hoy preguntáramos a los espectadores de cualquier plaza de toros cual es la ganadería que se va a lidiar es muy posible que una inmensa mayoría no sabría contestar. Sin embargo, sí sabrá esa misma mayoría quienes son los espadas anunciados.

Si existe ese escaso interés por el toro, ¿cómo vamos a pedirle que exija trapío, pujanza, integridad, casta...? El aficionado se entristece al ver cómo en ferias importantes, por ejemplo la de Bilbao, el público organiza una bronca al presidente porque se demora en autorizar el comienzo de la música, u otorga una oreja menos de las que el público cree merecedor al torero, y, sin embargo, permanece impasible viendo como salen toros inválidos, sin que el presidente tome la decisión inmediata de devolverlos al corral. El aficionado no puede por menos de decepcionarse al advertir cómo los tendidos de cualquier plaza se pueblan de pañuelos tras haber doblado la res, víctima de un horrendo bajonazo. Al aficionado le inunda el pesimismo al contemplar cómo el público se entusiasma hasta el paroxismo cuando el diestro se desplanta ante un toro agonizante, y el aficionado se exaspera cuando el toro se muere antes de entrarle a matar, de lo que ha sido testigo esta temporada en mas de media docena de veces. El afi-



Fig. nº 26.- Un toro temeroso que vive aislado *-ensotado-* a consecuencia de peleas con otros machos más poderosos. Bello animal negro *burraco*, *salpicado* y *botinero*. (Fot. de E. Cuevas. Apud.: Cruz Sagredo, 1993: 62).

cionado se sonroja de vergüenza ajena cuando los corifeos de las figuras ensalzan el mérito técnico de haber mantenido de pie a un toro, que sin ese mimo, hubiera rodado por la arena. Y se olvidan esos corifeos, con harta frecuencia, que el toro es una fiera, y que cuando no ejerce de tal, no hay corrida de toros, sino un ridículo simulacro.

La razón de este comportamiento público estriba, probablemente, en la afirmación de Santiago Arauz de Robles: «La sociedad de nuestro tiempo rehuye el juicio moral. No busca la ética, sino la estética. En consecuencia no va a la corrida de toros a enjuiciar la lucha, drama con resultado incierto, aunque esperado, sino a contemplar un espectáculo perfecto. No toma partido, no se apasiona: simplemente disfruta o se disgusta según que la faena salga o no salga. Pero esta *desmoralización* de los toros es, a la larga, fatalmente aburrida...» (Araúz de Robles, prensa: 162).

Y no es que la estética y la plástica deban estar ausentes de las corridas de toros. Pero el progreso, evidente, que ha habido en éstas no debe ser en demérito de la emoción, del riesgo, de la autenticidad. Lo observaba con pristina claridad Ramón Pérez de Ayala: «En los toros entran varios elementos que hacen esta fiesta sobremanera estimulante, fascinadora, a modo de ebriedad. Unos de orden sensual y estético: la luz, el color, el movimiento, la plástica de las actitudes, la gallardía de los lances, la musicalidad del conjunto. Y otros *—los más importantes—* de orden elemental humano: el entusiasmo, la angustia, el terror, la muerte, en suma, los caracteres de una tragedia de verdad» (Pérez de Ayala, 1918: 260). Esa simbiosis, en la que cada uno de los elementos ha tenido diferente influjo según las épocas, fue el numen de una vastísima

creación artística, con la que el aficionado conforta hoy la frecuente ausencia de emoción en los cosos.

El público de toros hoy no es –afortunadamente– aquél que describiera con evidente tendenciosidad Eugenio Noel: «De las plazas de toros salen estos rasgos de la estirpe: la mayor parte de los crímenes de la navaja; el chulo, el hombre que pone la prestancia personal sobre toda otra moral; la grosería, la ineducación nacional...»². Muchos de esos caracteres si es que alguna vez han residido en las plazas de toros, parecen haberse trasladado a los campos de fútbol, a esos famosos “gol norte y gol sur”, en los que la pendencia y la intolerancia se encuentran muchas veces al borde de la delincuencia. Pero, desgraciadamente, tampoco es el público de hoy un ágora sensible hacia la verdad y la belleza, exigente de lo auténtico, denostador de la falacia. No hay otro espectáculo en el que el público tenga un papel de juzgador tan decisivo como en los toros. Probablemente no haya habido una época en la que el público haya tenido menos influencia, es decir la fiesta haya estado menos democratizada. Toda la influencia está hoy en manos de *los taurinos*, y el público hace de comparsa. Para el aficionado el término *taurino* tiene hoy una connotación peyorativa porque antepone la tutela de sus intereses a cualquier medida vigorizadora de la fiesta. Para consolidar la triste situación presente están pidiendo la autoregulación. Es como pedir que sean los

² Eugenio Noel: *El flamenquismo y las corridas de toros*, citado por José María de Cossío: *Los Toros*, tomo II, pág. 193.

automovilistas los que hagan el Código de Circulación. Invocan como signo de vitalidad el que hoy se dan más corridas que nunca. El factor cuantitativo, ¿por qué ha de prevalecer sobre el cualitativo? ¿No será al contrario? Por ejemplo, la ausencia de rigor en la selección, causa del descastamiento actual, ¿no está motivada por el notable incremento de la demanda? Otro ejemplo: el que varios diestros se fijen



Fig. nº 27.— Un toro ,señor del territorio, vestido de blanco, cruza la pradera primavera. La leyenda griega dice que Zeus se transformó en un toro *albaio* para seducir a la princesa Europa. (Fot. de Rodríguez Chamorro. Apud.: Cruz Sagredo, 1993: 210).

como objetivo el superar el centenar y alguno el centenar y medio de corridas en una temporada, a veces con actuaciones triples en un día, ¿puede considerarse un elemento positivo para el arte taurino? ¿No lo será más bien para sus patriomonios y el de sus representantes?.

El aficionado se pregunta si esta situación de crisis de autenticidad, de emoción de la fiesta de los toros es irreversible o puede reconducirse. Depende de dos estamentos: Uno, la autoridad, otro, la televisión. Intencionadamente se ha omitido a la crítica. Seguramente ésta es una de las épo-



Fig. nº 28.— Lake Price: *El picador en peligro*. Durante muchos años la fiesta brava se basó más en el espectáculo de la pujanza del toro en que en su artística burla. La suerte de varas contenía el momento de mayor emoción pues era donde el toro podía demostrar su gigantesco poderío. Hoy, en lamentable decadencia, parece sólo interesada en esconderlo. (Apud.: Lake Price, [1852], 1992: XIII).

cas en la que hay un mayor elenco de críticos solventes e independientes. Pero, desgraciadamente, su influencia sobre el público es muy escasa, porque el nivel de lectura es muy bajo. La autoridad, por contra, puede tener una influencia

decisiva si fuera más rigurosa en la exigencia del cumplimiento del Reglamento, introduciendo, además, aquellas modificaciones que la práctica ha denotado perjudiciales para la integridad del toro de lidia y para la regeneración de la suerte de varas, factores esenciales, y consiguiendo superar las presiones de *los taurinos* a que, sin duda, está generalmente sometida.

El fenómeno de la proliferación de corridas televisadas, relativamente reciente, es un factor que puede ser enormemente positivo o negativo, en función del giro que los comentaristas adopten. El papel didáctico del medio audiovisual es indudable. Hasta ahora no lo viene cumpliendo, y las esperanzas de que en un próximo futuro lo asuma tienen poco fundamento. La televisión, durante la retransmisión de las corridas, es rarísimo que formule un juicio crítico, o destaque elementos negativos que el comentarista está observando. Nunca hemos oído decir por la televisión que tal toro es impresentable para esa plaza, o que es sospechosa la manipulación de los pitones, o que el diestro tal o cual está aliviándose de esta u otra manera. Y eso, ¿por qué es así? Acaso, ¿los comentaristas taurinos de las televisiones son incompetentes? ¿Son, por desgracia, venales? Ninguna de las dos cosas. Son profesionales, generalmente competentes y honestos. El problema estriba, en que, así como el crítico de prensa o radio, no necesita autorización de los intervinientes en la corrida para asistir a la corrida y formular a posteriori sus juicios, la retransmisión televisiva requiere autorización de los mismos en virtud de los derechos de imagen de los que son titulares. Aquella cadena en la que su comentarista osara expresar con libertad sus juicios, no vol-

vería a retransmitir una corrida de toros. Los taurinos le harían el boicot, porque el influjo de la imagen es muy superior al de la prensa escrita.

Con todo lo expresado anteriormente no hay base para el optimismo. Eso no quiere decir que la fiesta de los toros vaya a desaparecer a corto plazo. A lo largo de su historia ha superado varias prohibiciones reales, ha sobrevivido a guerras civiles, ha superado campañas contra ella desde los más diversos ángulos, y ha renacido de esos momentos difíciles con más vigor. Sin embargo, esos antecedentes históricos tenían menos riesgo que los peligros actuales que en las líneas precedentes hemos denunciado. El inconveniente actual es que los males actuales provienen de enemigos que están dentro de la propia fiesta. Es el caballo de Troya. Sólo una vigorosa reacción de los aficionados y el rigor de la autoridad en la corrección de los desafueros que se están cometiendo puede augurar un futuro esperanzador. El espectáculo puede y debe evolucionar. El aficionado no adopta una postura inmovilista. Pero la evolución solo será positiva si se recupera la autenticidad y retorna la pasión a las plazas de toros, ambas hoy ausentes.

BIBLIOGRAFIA

Álvarez de Miranda, A. (1962): *Ritos y Juegos del toro*, Taurus Ediciones.

Araúz de Roble, S.: *Sociología del Toreo*, Prensa Española.

Corrochano, G.: *Tauromaquia*, Espasa Calpe, Col. "La Tauromaquia", nº 19.

Noel, E.: *El flamenquismo y las corridas de toros*, citado por José María de Cossío (1969): *Los Toros*, tomo II.

Ortega y Gasset: *La Caza y los Toros*, Espasa Calpe, Col. Austral.

Pérez de Ayala, R. (1918): *Política y Toros*, Casa Editorial Calleja, Madrid.

